

irradiación de la cultura latina, mientras el gran cuerpo del imperio conservó su virilidad.

¿Podía llegar más lejos esta fuerza? ¿Habría podido el genio clásico, armado de todas las elegancias de la Grecia, de toda la razón de Roma, llevar sus instituciones municipales, su derecho privado, sus estoicas ideas de dignidad humana en medio de aquella vaga y flotante barbarie en que la familia y la propiedad estaban tan débilmente constituidas, y eran las ciudades cabañas dispersas en vastos espacios, y los templos grandes bosques cuyo silencio y fosquedad causaban religiosos terrores?

No podría dudarse, si los usurpadores militares, al desorganizar el ejército y las rentas de Adriano, no hubieran antes gastado, para la guerra civil, la fuerza y los recursos preparados contra los bárbaros; si sustituyendo en todas partes la administración imperial á la acción de los ciudadanos y penetrando hasta los últimos pliegues del gran cuerpo de la sociedad romana, no hubiera acabado por helar en ellas las fuentes de la vida. No es una inexorable fatalidad lo que gobierna el mundo y precipita los imperios: el reinado de Adriano prueba que la prudencia, y una prudencia ordinaria, habría podido, conservarlo todo.

II.—VIAJES

Sigamos ahora á Adriano en sus viajes á las provincias. En 118 ó 119 fué llamado de las orillas del Danubio á su capital por la conspiración de los consulares; y después de algunos meses pasados en Roma y en Italia, comenzó por la Galia y las orillas del Rin la visita de las provincias occidentales (121). Se ignora lo que hizo en Galia. Sin duda reunió en Lyon, como ciertamente hizo en España, los diputados de las tres provincias, porque un fragmento de inscripción indica un voto de gratitud emitido por la asamblea de las tres Galias.

De su paso por este país nos quedan otras pruebas oficiales del reconocimiento de los pueblos: son testimonios sospechosos; sin embargo, bien puede aceptarse algo, porque entraba en el plan de la política de Adriano reprimir los abusos y atraer á los provinciales al imperio con la prudencia de su gobierno. Tenemos monedas acuñadas por él con la leyenda: *Al restaurador de las Galias*, y la imagen de una mujer caída que el emperador levanta. Sabemos que socorrió en la Galia, como lo había hecho sin duda en otras partes, á todos los soldados inválidos é indigentes. Construyó caminos y elevó en Nimes en honor de Plotina una basílica, obra admirable, de que ni las ruinas quedan. Acaso comenzó las Arenas y el *Puente del Gard*, que como la basílica, fueron acabados por Antonino.

(1) RESTITUTORI HISPANIE S. C. Adriano en pie levantando á España arrodillada con una rama de olivo en la mano; en medio un conejo «emblemata de las numerosas minas que explotaba España» Greppo, *Viajes de Adriano*, p. 93, núm. 2 (Cohen, núm. 1,074).



Adriano y España. Gran bronce (1)



Gran acueducto que conducía las aguas á Cartago

Cuando entró en Colonia, pudo recordar que veintitrés años antes, había sido el primero que llevó á Trajano, en esta ciudad, la nueva de su adopción; conocía también estos cuarteles, pero ignoramos lo que en ellos hizo. Su biógrafo habla solamente de un rey dado á un pueblo germánico, de reformas hechas en los campamentos y de trabajos realizados en la frontera. No pedimos más para afirmar que Adriano continuó por su parte la obra de Trajano; que practicó en el Rin, como en el Danubio, el régimen de los subsidios y que contuvo el ardor guerrero de los bárbaros haciéndoles ver que si el imperio no quería adelantar sus fronteras, sabía muy bien guardar las que se había dado.

Estas preocupaciones militares no le hacían olvidar los intereses civiles; aun en las provincias fronterizas, quería que se le diera cuenta de los trabajos que debían ejecutar las ciudades, de los recursos con que debían subvenir á ellos, y cuando era preciso, añadía él lo necesario. Las medallas acuñadas en conmemoración de su visita á las pro-

vincias lo representan á menudo con un libro, símbolo de la vigilancia administrativa.

Si el *Forum Hadriani* marcado en el mapa de Peutinger, cerca de *Lugdunum Batavorum*, es una fundación de Adriano, podría concluirse que después de la inspección de las dos Germanias, entraría por el país de los bátavos para alcanzar el mar y la Bretaña (122), adonde lo llamaban recientes incursiones de los caledonios. Cuando Agrícola llevó más allá de los montes Cheviotes hasta los golfos de las Clides y del Forth, su línea de defensa, se había adelantado á la civilización latina, que no se atrevió á pasar hasta allá y se quedó á los alrededores de *Eboracum* (York). Audaces plantadores habían ido más lejos, pero sus diseminadas quintas estaban expuestas á las rápidas correrías de los montañeses que pasando entre los puestos pillaban y mataban, y habían desaparecido cuando las cohortes llegaban en auxilio. Estas sin embargo los alcanzaron un día, pero perdieron mucha gente en el encuentro, lo que empeñó á Adriano más y más en no dejar nada al azar á tal distancia de Italia.

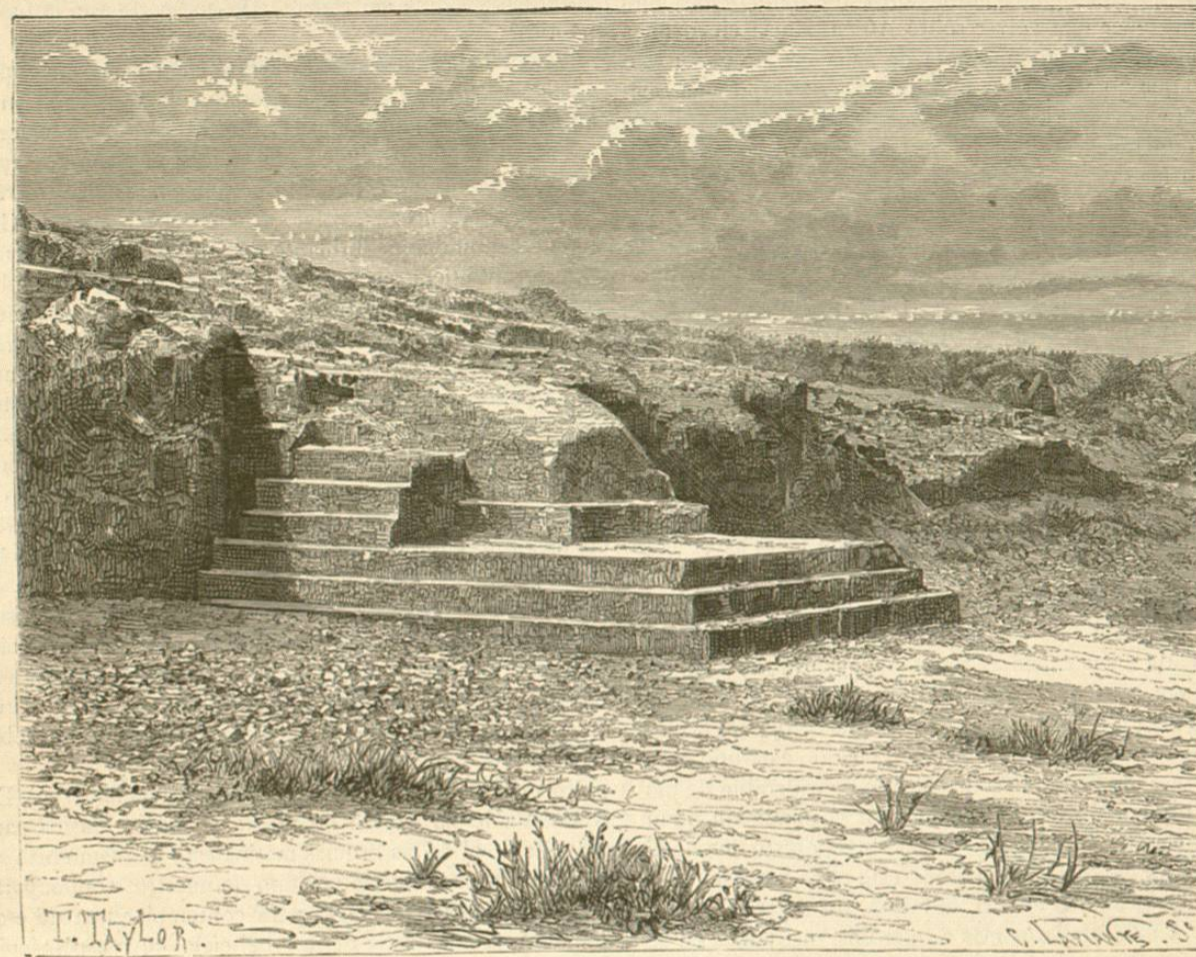
Después de haber impuesto á los caledonios un justo

temor con algunos combates afortunados, se resolvió á hacer en Bretaña el movimiento de concentración que había ejecutado en el Eufrates. Hemos dicho cómo operó; pero estableciendo en el Tine su principal defensa, abandonaba realmente todo el país que se extiende desde este río al Forth, es decir de Newcastle á Edimburgo, y podría extrañarse que no ocupara más que dos tercios de la isla, en vez de acabar la conquista por un esfuerzo que no estaba ciertamente por encima de su poder. El inglés Gibbon nos da la razón de ello. «Los dueños de un imperio que comprendía los más bellos climas de la tierra y las provincias más

fértiles, miraban con desdén montañas de continuo azotadas por la tempestad, lagos ocultos bajo densas nieblas y valles salvajes en que el desnudo y fiero bárbaro cazaba el ciervo y el gamo.»

Todavía es más desdenoso un griego con aquella vieja Inglaterra que en nuestros días llegó á tener algún tiempo el cetro del mundo: «Los romanos no se cuidaron de someter el resto de la Bretaña, siéndoles ya inútil, ó poco menos, la porción que ocupaban.»

Por otra parte si se recuerda la tenaz resistencia opuesta hasta en los tiempos modernos por los *highlanders* á los re-



La tribuna de Atenas

yes de Escocia y por éstos á los ingleses, acaso se juzgue que Adriano tuvo doblemente razón en no arrojarle á esta aventura.

«Después de haber corregido en la Bretaña muchos abusos,» volvió á la Galia y la atravesó por segunda vez hasta los Pirineos, para caer en España, donde pasó todo un invierno (122). Allí debió mostrar su actividad ordinaria; pero de todo este trabajo no subsisten más testimonios que fragmentos de inscripciones que hacen constar que mejoró los caminos públicos y estas palabras grabadas en algunas monedas: «Al restaurador de España.»

Tendríamos curiosidad de saber lo que pasó en la asamblea de representantes de todas las ciudades ibéricas á los cuales citó á Tarragona para la dedicación del templo reconstruido á sus expensas. Eparciano habla sólo de las vivas reconveniones dirigidas por el emperador á los ciudadanos de Itálica, sus compatriotas, que con culpables manejos procuraban sustraerse al empadronamiento. Hemos visto que la ruina del espíritu militar en las provincias era inevitable consecuencia de la organización dada por Augusto á su ejército permanente. Sabíamos por Tácito

que los galos habían perdido desde muy larga fecha la afición á las armas, y veis aquí que los españoles nos suministran la prueba del mismo cambio.

Eparciano refiere el peligro que Adriano corrió en Tarragona y del que salió «no sin gloria.» Paseábase solo un día en un bosque inmediato á la ciudad, cuando un esclavo de su mismo huésped se lanzó contra él como un furioso, espada en mano. Muy vigoroso y ágil el príncipe, esquivó el golpe y sujetó al desgraciado que los guardias querían hacer pedazos, acudiendo á salvar al emperador en tal peligro. Era un loco, y el príncipe recomendó á los médicos que lo curaran, sin quejarse al amo de que tenía tan peligrosos sirvientes.

Esta narración que muestra con cierta complacencia la moderación de Adriano, está sin duda tomada de sus *Memorias*. Las cosas pudieron pues pasar de otra manera: á lo menos sepamos por esto que gustaba de que se le reconociera esta posesión de sí mismo, que es la fuerza del hombre prudente, y el espíritu de justicia que le impedía tomar á un loco por un culpable.

Es singular que durante su permanencia en España no

visitara Adriano el lugar de su origen, Itálica, ni la patria de su madre, Cádiz (1). Para que se resistiera al deseo tan natural de mostrarse como dueño del mundo á los que lo habían visto nacer en una casa apenas consular, alguna necesidad urgente debió precipitar su partida. ¿Se removían aun los moros? Esparciano lo dice, sin que se pueda deducir de sus palabras que el emperador fuera directamente de España al Africa, adonde, por otra parte, parece haber ido dos veces lo menos, porque su alocución á las tropas de Lambesa tiene la fecha del año 128.

Nada sabemos del primer viaje, pero respecto del segundo nos quedan algunos pormenores, que apuntaremos aquí para no tener que volver sobre Africa. Hacía cinco años que no había caído una gota de agua en los oasis: este hecho que no es nada extraordinario, es siempre una calamidad; y como á su llegada sobreviniera una copiosa lluvia se vió un milagro en ello y se le atribuyó este beneficio, que lo hizo carísimo á los africanos. Se granjeó también su buena voluntad con servicios positivos: puso fin á los desórdenes de la Mauritania; fundó muchas colonias ó dió este título á antiguos municipios como á Tena en la Bizacena (Bizacio), á Zama en la Numidia; reparó el grande acueducto que llevaba á Cartago las aguas del monte Zaghuan (2) é hizo que la legión acantonada en Lambesa acabara los trabajos del Aures, que eran una vía que bordeaba las alturas, y á la entrada de cada desfiladero un fortín para defender el paso. Era el sistema del *Vallum Hadriani*, con la diferencia de que la montaña hacía oficio de muralla.

Las ciudades siguieron el ejemplo que se les había dado y en todas partes se produjeron grandes esfuerzos para embellecerlas ó facilitar entre sí las comunicaciones. Así, una inscripción nos enseña que en aquella época construyó Cirta á sus expensas todos los puentes de la vía que iba de sus muros á *Rusicada* (Philippeville), es decir, de Constantina á la mar. No se extraña que recojamos hechos sin ninguna importancia al parecer: cuando está uno reducido á sacar la historia de un reinado considerable de monumentos tan raros, se encuentra en la condición de un naturalista que no debe desdenar el menor resto de un animal que ha desaparecido, porque este resto acaso le revele lo que era el animal entero, su forma, sus órganos, su vida misma. A falta de datos más numerosos, insistamos en las palabras de Esparciano: «Colmó de beneficios á las provincias africanas;» y esta leyenda de muchas monedas: «Al restaurador del Africa.» Más adelante veremos lo que debe entenderse de estas palabras.

El emperador volvió de Africa á su capital y se conjetura, según la indicación de una moneda, que se encontró en ella en 120 para el aniversario de la fundación de Roma. Pero á fines de este mismo año, estaba ya camino de Oriente, que los partos amenazaban.

(1) «Colmó á Itálica de beneficios y honores» (Dion, LXIX, 10); más tarde pidió al senado que concediera á este municipio el título de colonia (Aulo-Gelio, *Noct. Att.* XVI, 13), y una inscripción menciona sus liberalidades hechas á la Bética (Greppo, p. 95) después del año undécimo de su reinado, como quiera que se le da en ella el título de *Pater patriae* que no aceptó hasta el año 128.

(2) La ciudad de Zaghuan está sentada al pie de la montaña del mismo nombre, en un paisaje encantador, sobre las ruinas de otra ciudad antigua. Una puerta triunfal romana, de que sólo queda un arco de 4 metros de abertura, sirve de entrada. El templo de Zaghuan está por encima de las fuentes principales del acueducto de Cartago. El nombre de la divinidad á que se dedicara ha desaparecido con el friso en que estaba la inscripción dedicatoria. Se cree que el templo es del mismo tiempo que el acueducto, es decir, comenzado por Adriano y terminado por Septimio Severo.

Adriano invitó á Cosroes á una entrevista y todo se apaciguó (122 ó 123). Devolvióle su hija hecha prisionera por un general de Trajano; pero rehusó devolverle el trono de oro macizo de los Arsácides, trofeo que era para los romanos lo que los estandartes de Craso habían sido para los partos. En semejantes circunstancias hubo de rechazar Trajano con altivez las proposiciones y explicaciones, obligó á los partos á una guerra que no querían, y después de mucha sangre derramada y ciudades destruídas, retrocedió vencido por una naturaleza más fuerte que su genio. Adriano pacificaba el Oriente sin conmovérlo con el choque de las armas y sin causar ruinas. ¿De qué parte está la buena política?

Parece haber permanecido tres ó cuatro años en las provincias orientales (122-125), adonde volvió en 129. En la imposibilidad de distinguir lo que hizo en estas regiones en cada uno de sus viajes, referiremos al segundo (3) el escaso número de hechos de que tengamos que hablar.

A fines del año 125, volvió á tomar el camino de la Grecia atravesando aquel brillante mar de las Cicladas, donde el navegante tiene siempre á la vista alguna isla de nombre sonoro, lleno de recuerdos y de poesía. Iba reposadamente, deteniéndose en los lugares que la historia había marcado con una huella indeleble, ó que la naturaleza y el arte habían adornado con un bello paisaje ó una obra maestra. Templos famosos, cuadros y estatuas célebres, teatros de antiguas hazañas, todo lo quería ver, y encantaba á los pueblos artistas con este homenaje prestado á los objetos del orgullo nacional. Atenas «donde se sentía un soplo eterno de juventud y de belleza,» no tuvo un ciudadano que subiera con más frecuencia al *Pnyx* para sentarse al pie de la escuadrada roca que había sido la tribuna de Demóstenes y desde la cual se contemplaba con arrobamiento la ciudad entera, la mitad de la Atica, el mar que resplandece huyendo hácia Salamina y Epidauró, mientras á dos tiros de piedra, las Propileas y el Partenón dominan con su soberana belleza aquel maravilloso conjunto.

Volvió á Italia, pasado el invierno, por Sicilia (126). En Antioquía había subido de noche al monte Casios para ver salir el sol de las brumas matinales; y lo mismo hizo en el Etna. ¿No se tomaría por uno de nuestros contemporáneos trepando por el Righi para contemplar una de esas grandes armonías de la tierra y del cielo, cuyo espectáculo ha venido á ser una necesidad para almas fatigadas por los cuidados de una existencia demasiado encerrada y laboriosa?

Los antiguos no sentían la belleza pintoresca; los griegos la sentían por instinto poético; pero muchos romanos hubieran suprimido de buena gana la mar, los lagos y las montañas que detenían sus cultivos ó embarazaban sus vías militares (4). Adriano cuyos bustos tienen una fisonomía tan poco romana, no lo era más por este rasgo de su carácter que por su manera de reinar.

Aquellos eternos viajes, aquellas expediciones del Eufrates al Támesis y del Danubio al Atlas asombraban la molición de los romanos y ofendían su orgullo de señores del mundo. No les parecía bien que el príncipe diere tanta solitud á vencidos. Los poetas se burlaban de esta: «No,

(3) Este segundo viaje al Asia será en realidad el tercero, porque después de su advenimiento, había atravesado reposadamente las provincias orientales desde Antioquía hasta el Adriático *per Illyricum*.

(4) Fuera de Lucrecio y Virgilio y á veces Horacio, que tuvieron el profundo sentimiento de la naturaleza, los demás apenas lo conocían, con tanto adornar de villas las faldas del Apenino y las orillas del golfo de Nápoles. En las largas descripciones que Plinio nos ha dejado de sus casas de campo, se ve sobre todo la preocupación de las conveniencias y mucho mal gusto.

decía uno de ellos, Floro, no quisiera yo ser César para tener que correr por en medio del país de los bretones, para tener que sufrir las escarchas de la Escitia.» Y Adriano le contestaba: «Ni yo tampoco quisiera ser Floro para recorrer las tabernas de la ciudad, para encerrarme en los fogones y sufrir las picadas de los cínifes.»

Roma recibió friamente á un príncipe que la miraba con cierta negligencia, y no quería sus fiestas, ni sus honores ni aun sus consulados. Desde el año 119 hasta su muerte, en 138, no tomó una sola vez las fasces (1); casi siempre se desdenó de poner en las monedas su título de tribuno, título que era, sin embargo, el signo de su soberano poder; no aceptó el de Padre de la patria hasta después de once años de reinado, ni fué proclamado *imperator* más que una sola vez.

¿Qué causa lo decidió á partir otra vez? ¿Fue esta frialdad ó el temor de las conspiraciones, cuyo foco habitual era la metrópoli, ó la resolución formada por este emperador provincial de vivir para las provincias y satisfacer sus aficiones á la vez que llenaba sus altos deberes?

No se podría adivinar con auxilio de los escasos monumentos que nos quedan; pero después de una permanencia en Roma, cuya duración no puede determinarse, dejó la capital para volver á visitar el Africa (128); después volvió otra vez á Oriente, y se detuvo de nuevo en Grecia (129). Como tenemos el libro de otro gran viajero, casi contemporáneo, que recorrió este país cuando el recuerdo de Adriano estaba aún allí vivo, vamos á saber por él lo que se ha de poner bajo estas palabras que Esparciano repite á propósito de las provincias donde Adriano se detenía: «La colmó de liberalidades.» Diciéndonos lo que el príncipe hizo en Grecia, nos dirá Pausanias lo que hubo de hacer en otras partes. Sin embargo, no debemos prometernos aquí trabajos de fortificaciones, ni construcciones de vías militares, inútiles en un país situado en el corazón del imperio, donde no residía ninguna legión.

En Corinto construyó baños en muchos cuarteles de la ciudad y un acueducto que conducía el agua del lago Estinfalo y en Nemea un hipódromo. Devolvió á Mantinea su glorioso nombre, le edificó un templo de Neptuno, y grabó en el sepulcro de Epaminondas una inscripción que él mismo compuso. En la Fócide dotó á Hyámpolis de un pórtico, y á Abes, de un santuario de Apolo para reemplazar el gran templo, que incendiado por los tebanos en la guerra Sagrada, esperaba hacía cinco siglos que levantaran sus ruinas. A los argivos les dió como ofrenda para su templo de Juno el ave favorita de la diosa, un pavón de oro, cuya cola resplandecía de piedras preciosas, y les permitió restablecer la carrera ecuestre de los juegos Nemeos, que habían caído en desuso.

En fin, entre Corinto y Megara amplió la vía *Escironia*, sendero de peones, por donde podían luego marchar dos carros juntos; y en el camino de Eleusis á Atenas restableció un puente que había arrastrado el Ceiso (2). Sabríamos mucho más, si poseyéramos la inscripción colocada en el Panteón de Atenas, que enumeraba los templos levantados por él ó enriquecidos con sus ofrendas, todos los actos de su munificencia en el país de su predilección y hasta sus liberalidades en las ciudades bárbaras.

(1) Había sido cónsul una vez bajo el reinado de Trajano, el año 108; y después de su advenimiento lo fué dos veces solamente, una en 118, y otra en 119.

(2) Eleusis comenzó sin duda entonces á construir sus *Propileos*, encontrados por M. Lenormant, y que eran tan grandes como los de la misma Atenas. Si no fueron obra de Adriano fueron ciertamente la consecuencia del impulso que había dado.

Pero había en Grecia un lugar que prefería él á toda la Grecia, la ciudad de Minerva, de que quería hacer la capital de la Hélade y de todo el Oriente helénico. Los atenienses creyeron haber vuelto á los mejores días de su historia, cuando vieron al dueño del mundo tomar el traje griego (3), y hacerse su conciudadano; llenar seriamente sus funciones de arconte y agonoteta; presidir sus juegos y los misterios de Eleusis y colocar en el sepulcro de Milciades la estatua que habían olvidado poner en él. A creer á Eusebio, en su *Crónica*, hubieron de pedirle los atenienses una constitución que conservó la asamblea y los tribunales populares; pero precisó las atribuciones del senado como juez de las cuestiones contenciosas.

Vivía como un particular rico, accesible á todos, discutiendo con los artistas planos de edificios, con los filósofos cuestiones de doctrina; á veces interrumpía sus tranquilos placeres con violentos ejercicios, como por ejemplo, la caza; y á la noche celebraba en versos griegos, que aun se conservan, su peligrosa victoria sobre una osa de las montañas de Tespias (4).

Atenas volvía á ser lo que había sido en otro tiempo, la grande escuela de la Grecia. De nuevo se le pedían lecciones para hablar y escribir; y los retóricos y los sofistas acudían á buscar allí un renombre que les valía la riqueza, los honores, hasta lucrativos sacerdocios, que se daban de buen grado á los buenos hablistas, á riesgo de confiar el cuidado de los intereses religiosos á los que iban á hacer la soledad en los templos.

El emperador gustaba de sus discursos; pero se ocupaba sobre todo en grandes construcciones que habían de hacerse en la llanura del Iliso. Como viajaba rodeado de arquitectos y operarios hábiles, organizados á la manera de una legión y repartidos en cohortes á las órdenes de jefes expertos, la obra adelantaba á vista de ojos: en poco tiempo se levantó una ciudad nueva cerca de la antigua, y un arco triunfal, que todavía subsiste por debajo de la parte oriental de la Acrópolis, lleva estas palabras grabadas en sus dos caras: «Aquí está la ciudad de Tesseo.» Y en la otra: «De este lado está la ciudad de Adriano.» Adrianópolis fué desde su origen embellecida con numerosos monumentos, que no pudiendo tener la severa grandeza del templo de la *diosa virgen*, reunían á lo menos todas las elegancias arquitectónicas de un tiempo en que el arte buscaba la belleza en la magnificencia.

En este trabajo le dió ayuda el célebre retórico Herodes Atico, maestro de Aulo Gelio y de Pausanias, á quienes, muy felizmente para nosotros, no sedujo su retórica, sino que ganó su erudición. Herodes edificó ó acabó de edificar en la nueva ciudad un puente sobre el Iliso, el Estadio, que cubrió de mármol pentélico, y en una de las colinas que lo dominan un templo de la Fortuna. Había fundado también una rica biblioteca. Adriano la rodeó de pórticos, sostenidos por ciento veinte columnas de mármol de Frigia: del mismo mármol eran las paredes; los techos estaban cubiertos de alabastro ó de oro, y las salas adornadas de estatuas y cuadros preciosos. No lejos de allí cons-

(3) Jamás se presentó, fuera de Roma, con el aparato de la soberanía (Dion, LXIX, 10.)

(4) En 1870 se encontró cerca de Tespias un epigrama en ocho versos, compuesto probablemente por Adriano y del que M. Egger ha dado la traducción siguiente: «Joven arquero, hijo de Chipre, el de la dulce voz, tú que vives en Tespias Heliconia cabe el jardín florido de Narciso, óyeme propicio y acoge las primicias que te ofrece Adriano de una brava osa que tuvo la suerte de matar á lomos de su caballo. Y tú en cambio, oh dios sabio, sopla en él la gracia que viene de Afrodita Urania.» (Memoria de la Acad. de inscrip. 1870, p. 57.)